

Sección dedicada a la difusión de las ideas y del pensamiento del patrono espiritual e intelectual de la universidad. También se incluirán trabajos de análisis, crítica, interpretación y valoración de la obra del ilustre filósofo y educador, por lo que invitamos a los autores para que nos remitan sus trabajos para su publicación en esta sección.

PUEBLO CONTINENTE (I)

Ensayos para una interpretación de la América Latina

Primera Sección

EL BIO-METABOLISMO SIQUICO DEL CONTINENTE

1º LAS DOS CORRIENTES SIQUICAS COMPLEMENTARIAS

I

LA CONVERGENCIA DE LOS CAMINOS

La historia nos enseña, con múltiples ejemplos, que cuando nace un nuevo pueblo a la vida de la cultura y, por lo tanto, a la vida de la historia, hay una colisión, en los estratos iniciales de dos o más pueblos, de dos o más culturas, de dos o más espíritus colectivos. Es ley de la historia que los pueblos se fecunden unos a otros y que, solamente, chocándose y fundiéndose puedan engendrar una continuidad y una superación biológicas. Cuando el cuerpo de una nación, la forma material y tangible a través de la cual se expresa un aspecto del espíritu universal no se halla ya en condiciones de ser un instrumento maleable y flexible a las nuevas exigencias; cuando se ha anquilosado y endurecido hasta el punto de estar imposibilitado para permeabilizar las renovadas impulsiones de la historia y continuar el proceso evolutivo, ese cuerpo debe perecer para dar paso a una nueva estructura orgánica que sea capaz de responder por su flexibilidad y por su juventud a la articulación de destinos superiores.

En algunos casos en los más-, si es que atendemos sólo a la perspectiva histórica conocida, no pasa de un mero sacudimiento dramático, pero, en América son tales los caracteres de violencia en el choque, tales las trepidaciones, con que se produce, que alcanza proporciones de una verdadera catástrofe, de una tremenda deflagración síquica que no puede compararse, siquiera, con la más

grande colisión del mundo occidental: la invasión del Imperio Romano por los bárbaros. La avalancha de las tribus germanas del norte sobre las tierras del Mediodía, nos ofrece un campo de estudio, rico en incitaciones, para comprender algunos de los aspectos más sugestivos de la Conquista española.

La amplitud de la catástrofe americana está en relación con la amplitud de la construcción futura. No se aventura nada al decir que no es ya un simple matiz de raza o de cultura el que va a expresarse en el Nuevo Continente, sino un aspecto fundamental y nuevo del espíritu universal. En verdad, una nueva criatura cósmica es la que está estructurándose en sus entrañas; un nuevo mensaje humano, el que está surgiendo de sus senos juveniles. América importa para la cultura del mundo antiguo: lo que el Cristianismo significó, como transformación espiritual, para el mundo de la Antigüedad. Mas, como todo gran proceso histórico no es rectilíneo sino en espiral, como lo pensó Goethe, en que cada círculo concéntrico abraza una mayor y más dilatada trayectoria, América está destinada a una más amplia proyección cultural y humana. No se trata de un simple mesianismo colectivo. Se trata de una correlación dialéctica que se hace patente a poco que observemos con ojos profundos la vida continental presente en relación con el porvenir; a poco que la inteligencia del pensador valúe el sentido total y racional del proceso.

América fue y es todavía un punto crucial del mundo, de donde habría de arrancar una nueva modalidad con respecto a épocas anteriores. Todo nos revela este significado trascendente de la misión.

II LA PUGNA UNILATERAL Y EXCLUYENTE

Era lógico que la pugna de dos razas y de dos culturas consumada con tanta distensión explosiva, engendrada, también dos maneras friccionantes en el sentimiento y en el pensamiento de los latinoamericanos. De allí, las dos tesis opuestas y en abierta beligerancia que se plantean desde el coloniaje y que aún hoy contienden en airado palenque ideológico y errático: la atesis indigenista y la atesis europeizante.

El hecho de que esta pugna aún no se produzca en los planos intelectual y estético cuando ya se ha extinguido casi su vigencia histórica, nos revela hasta qué punto los intelectuales y artistas latinoamericanos están impregnados todavía de una mentalidad colonial, magnética y desactualizada.

Hay escritores y artistas indigenistas que preconizan el advenimiento de una América indígena en el sentido regresivo de la resurrección de las culturas pasadas. En esta tendencia interviene cierto sentimiento nostálgico que busca una evasión o escape de la vida presente. Los sostenedores de dicha tesis esgrimen aparentes y superficiales buenas razones. Dicen que en cada país en Bolivia, Perú, Ecuador y México, principalmente-, la raza blanca alcanza apenas a unos millones, en tanto que el indio se cuenta por millones y que, a la larga, esta inmensa mayoría indígena habría de ahogar a la europea.

Olvidan que no es la masa cuantitativa la que determina el futuro de una raza, sino los elementos y factores síquicos que están transformando, día por día, la textura mental, espiritual y física de los pueblos. La piel, blanca o cobriza, no tiene, en realidad, importancia, sino lo que está actuando por detrás, por debajo o por encima de esa piel, y que es lo que, en realidad, determina las transformaciones decisivas.

Si algo ha evidenciado la Conquista con carácter axiomático, es que el indio había llegado a un estado de decadencia, perfectamente diagnosticable, y que, a la llegada de los españoles, sólo vivía y se nutría, espiritualmente, de sus grandeza pasada. El indio se había hecho, por su falta de flexibilidad, por su cristalización síquica, por la rigidez de sus medios expresivos, un instrumento inadecuado, de evolutivo y estético; la tesis indigenista y la tesis europeizante, de los imperios Incaico y Azteca se rompiera en mil pedazos, como un vidrio frágil, a los primeros impactos de una cultura extraña. Lo que queda hoy para la admiración maravillada de la ciencia arqueológica fue creado probablemente muchos siglos atrás por civilizaciones anteriores, de las cuales eran un mero refle-

jo, debilitado, amortiguado y decadente, los imperios que sojuzgaron los europeos. Para ilustrar este agónico período indígena, es particularmente significativa la rivalidad entre Huáscar y Atahualpa, en la que pereció, ahogado, el primero. La conseja que cuenta este crimen en sus detalles es de tal crueldad, de tal codicia y de tal refinamiento, que lo hace digno de una típica intriga palaciega de Bajo Imperio. Era el bizantinismo de América, en momentos muy semejantes a aquellos en que el graznido de los ganosos del capitolio, al escuchas las pisadas y los relinchos de los caballos de los bárbaros, anunciaban la ruina del Imperio Romano.

Gran parte del arte indigenista latinoamericano de hoy carece de valores estéticos esenciales, salvo excepciones aisladas y geniales que no cuentan en una perspectiva de conjunto. Carece de un gran estilo estético, de un estilo vigente, vivo y de amplia trayectoria humana. Arte decorativo, de copia y de estilización al detalle, en el que falta aquel soplo creador que insufla potencia vital a una cultura. Arte que no acierta a rebasar los límites mezquinos de lo pintoresco, que carece de vibración cósmica verdadera, y que sirve de material exótico de exportación para los snobs de Europa, como los chullos, las majas, los toreros y el barrio de Triana en lo que se refiere a los españoles. América no está allí, como no lo está España en la literatura chinesca y desgarrada de Teófilo Gautier. Se trata de una falsificación de cromos, de una simple baratija de bazar para uso del turismo cosmopolita.

Se olvida, igualmente, que la historia nunca da paso atrás, aunque haya sedicentes teorías que lo sostengan, y que si América Latina ha de expresar un mensaje original para el mundo, tiene que ser hacia el porvenir y hacia delante; obra de creación y no de copia regresiva; tarea epigenética y no de mimetismo automático. El estudio y la comprensión del pasado ha de servir únicamente como alumbramiento del porvenir, como basamento del futuro.

Empero, si es absurdo el prurito indigenista, es más absurdo y antibiológico el prurito europeizante a ultranza. Aparte de que América reclama ante Europa su autonomía mental y espiritual, sabemos por la experiencia vivida durante más de cuatro siglos, que el ambiente telúrico americano obra sobre el europeo como un corrosivo disolvente, tanto en lo físico, como en lo síquico y en lo mental. El criollo latinoamericano, producto de la colisión de las dos razas y de las dos culturas, es la degradación de ambas, hasta un grado increíble. Es la ganga humana que torna el caos, para resurgir de allí como un organismo más adaptable y flexible a las nuevas condiciones. Ni el indio, como indio puro; ni el europeo, como

europeo puro, tienen porvenir en América. Pero ellos constituyen los factores complementarios de una nueva conformación física, síquica y mental que ya comienza en el Nuevo Mundo y a dibujar sus perfiles. Como lo repetimos, que la piel sea blanca o que la piel sea cobriza no reviste trascendencia alguna; lo importante es el nuevo juego de fuerzas que se estructuran en el Continente como un todo unitario y que se estructuran en el Continente como un todo unitario y que será el instrumento de una nueva expresión del espíritu universal.

III MEXICANIZACIÓN Y ARGENTINIZACIÓN DE AMÉRICA

La vida más profunda de Latinoamérica se verifica, como ya lo hemos dicho, mediante estas dos corrientes poderosas que son complementarias, y que se las descubre a poco de mirar con cierta videncia panorámica. Dos corrientes que marcan su presencia vigorosa y que realizan, en todos los aspectos de la vida continental y por sobre la algarabía de cancillerías y gobiernos, una evidente labor constructiva. Ellas son la clave que esclarece el significado de nuestro pasado después de la Conquista y que incluye el sentido más hondo y, por eso, el sentido primordial del porvenir. Dos corrientes vitales que son como la savia o la sangre de un organismo, cuyo problema biológico se planeó para la civilización humana, hace cuatro o cinco siglos. Problema que importa, como antes lo expresáramos, no solamente la continuidad histórica de la cultura occidental, sino la definición inédita de un nuevo aspecto del espíritu humano.

La vida más profunda de Latinoamérica se verifica, como ya lo hemos dicho, mediante estas dos corrientes poderosas que son complementarias, y que se las descubre a poco de mirar con cierta videncia panorámica. Dos corrientes que marcan su presencia vigorosa y que realizan, en todos los aspectos de la vida continental y por sobre la algarabía de cancillerías y gobiernos, una evidente labor constructiva. Ellas son la clave que esclarece el significado de nuestro pasado después de la Conquista y que incluye el sentido más hondo y, por eso, el sentido primordial del porvenir. Dos corrientes vitales que son como la savia o la sangre de un organismo, cuyo problema biológico se planeó para la civilización humana, hace cuatro o cinco siglos. Problema que importa, como antes lo expresáramos, no solamente la continuidad histórica de la cultura occidental, sino la definición inédita de un nuevo aspecto del espíritu humano.

Una corriente centrífuga que va del corazón hacia los

contornos, que fluye del centro hacia las extremidades, que se dilata de la médula hacia los términos fronterizos: la corriente vernácula, indígena o telúrica del Continente. Otra corriente centrípeta o periférica que viene de las arterias al corazón, del esperma al óvulo, del exterior hacia la matriz, de las extremidades fecundantes hacia el *centro vitalizador*: la corriente europea, occidental o foránea.

La una, se expansiona y se abre como los radios de una circunferencia. La otra, se contrae y se centraliza como el punto generador de un círculo.

Podemos tipificar estas dos corrientes en los dos países que representan la esencia más pura de cada una: México para la corriente indígena o vernácula; Argentina, para la corriente europea u occidental. La una, que corre de norte a sur, y la otra, de sur a norte. Doble palpación vital que llena y colma de porvenir los lomos turgentes de los Andes. Movimiento de irradiación hacia fuera y movimiento de concentración hacia adentro. Movimiento de absorción hacia el centro; movimiento de dispersión hacia la periferia. Si México es la antigua y potente sangre india, Argentina es la aireación y oxigenación europea. La capital azteca, como el Cuzco en el Perú, es la matriz, el óvulo eterno de toda americanidad. Buenos Aires, la capital argentina, es el gran ventanal del Continente que descubre los amplios horizontes del mundo; es el germen fecundante de la masculinidad, es el eslabón que nos une, como el cordón umbilical de un continente al espíritu universal de la Tierra. *Sangre indígena, pulmones europeos*, he aquí la forma esquemática de nuestra auténtica vida síquica.

Y esta doble corriente general se repite, como epítome y compendio de la vida latinoamericana, en cada uno de los países tomados aisladamente, aunque en algunos el matiz sea tan tenue que se necesite para distinguirlo de una cierta perspicacia en la mirada. En la Argentina, movimiento de la Pampa a Buenos Aires y retorno de Buenos Aires a la Pampa. En el Perú, movimiento del norte hacia el centro y movimiento del Cuzco hacia Lima. En México, movimiento de la capital hacia las provincias, y de las provincias hacia la capital. El cholo, el gaucho, el llanero, el charro, el mestizo de toda América, son tipos étnicos y culturales que emergen del fondo de la vida continental, como productos de la actuación de estas poderosas corrientes vitales. Son ellos el testimonio vivo y potente de un proceso que radica en las profundidades de las entrañas americanas. Nada comprenderemos de nuestro pasado y nada podremos comprender de nuestro porvenir, si no acertamos a incorporar a nuestra conciencia vigilante la sustantividad de esta doble corriente que

opera en los planos o bases primordiales de América. Allí encontraremos el hilo de Ariadna, que nos explique los días pretéritos de la Conquista y de la Colonia y que ponga en nuestras manos los poderes constructores del presente y las potencias creadoras del futuro.

Con la frase "mexicanización y argentinización de América", no queremos expresar la expansión absorbente de dos imperialismos rivales, económicos y políticos. Queremos, sólo, remarcar el perfil de dos símbolos que constituyen los vehículos espirituales de una posible y auténtica cultura latinoamericana. Invitamos a agitar y articular en este momento decisivo y, por lo mismo, dramático y trágico de nuestra historia, las ideas y realidades básicas del Continente. Debemos elevar nuestra conciencia cívica, emplazándola en los planos superiores, donde se forja el substrato permanente de nuestros pueblos y, del cual, los hechos concretos y visibles no son sino el alfabeto gramatical de una vida más profunda.

2º LA RUTA DE LA INTEGRACIÓN

I

HACIA LA VIRGINIDAD

En el capítulo anterior hemos estudiado la colisión formidable de la cultura europea con las culturas autóctonas del Nuevo Mundo. Este choque significó una trágica desgarradura en los senos de América, pero no, en unos senos vírgenes, como acostumbra decirse, sino en unos senos que encerraban toda la riqueza ingente de un pasado milenario. Nada más contrario que la idea de virginidad aplicada a las culturas americanas, muchas de las cuales se encontraban, en varios aspectos, en un estadio superior de civilización a los pueblos europeos. Para encontrar paridad cronológica habría que recurrir a la remota cultura de los egipcios o a las viejas culturas del Oriente, como lo están probando los recientes estudios arqueológicos. Los sacerdotes del Tahuantinsuyo y el Imperio de Moctezuma, podían parodiar lo que dijo de los griegos a Herodoto el Gran Sacerdote egipcio, al ser interrogado acerca de la cronología de su pueblo: "*Vosotros los europeos sois unos niños*". La matriz de América era, pues, una matriz llena de experiencia. De ella había surgido un majestuoso pasado, pleno de fascinación, que aún hoy comienza apenas a sospecharse.

Para que América arribara a su virginidad y a su juventud, era preciso que los dos elementos principales de la colisión, el indio y el europeo, tornaran, por descomposición, al caos primordial, al limo informe, al *humus* original y primitivo. Esta descomposición debía

alcanzar, también a las demás razas, como la asiática y la africana, que se fundieron, luego, en este inmenso crisol telúrico. De allí ha surgido el mestizo o criollo, forma o etapa de transición hacia el nuevo tipo o nuevo hombre de América. El mestizaje es un camino de los pueblos, pero, no, un objetivo y una meta. El mestizo es un puente, un eslabón o un estado transitivo, pero nunca una forma estable y orgánica de vida. Así se explica que el criollo o mestizo colonial sea un producto híbrido, no sólo en su constitución física, sino, también, en su estructura espiritual y síquica. A este hibridismo fisiológico corresponde ese hibridismo cultural y ético que observamos en todas las manifestaciones de la vida latinoamericana. Así como el mestizo es una yuxtaposición de sangres, es, igualmente, una yuxtaposición de estados anímicos que no han llegado todavía a ligarse en un conjunto coherente y unitario. De allí también, esa moción pugnaz interna que caracteriza el alma del latinoamericano durante la Conquista, el Coloniaje y la República, y que se resuelve en un ser neutro, híbrido, pasivo y subalterno, con respecto a todas las valías espirituales, morales y síquicas del hombre.

En los pueblos y las razas no hay esa discontinuidad biológica que se observa en el hombre, considerado como individuo, cuando éste se desintegra. Es muy cierto aquello de que a una muerte y a una decadencia sucede siempre un nuevo brote, un nuevo nacimiento. Muere y se descompone el indio, pero, también, muere y se descompone el europeo para que surja, luego, una nueva estructuración, una nueva conformación fisiológica y espiritual del hombre americano.

No hay muerte ni desintegración absolutas, ni en la Naturaleza ni en la Historia. Se disuelve y mueren las formas de expresión de un ciclo cultural, pero, la modalidad cósmica, el sentido espiritual, y aun la estructura síquica que esas formas realizaron, se transmiten como continuidad hereditaria hacia el porvenir, más bien dicho, hacia el devenir del espíritu. La equivocación de Spengler consiste en no ver en las culturas sino simples formas y estructuras morfológicas pasajeras, y ése es el significado vano, quimérico y pesimista de su pensamiento global. Spengler no veía el porvenir en su conformación original y viva, sino como mera repetición, casi mecánica y muerta, del pasado, aplicándole el cartabón rígido de éste. Así se explica ese reaccionarismo cerrado de sus últimos libros.

Los procesos de desintegración y descomposición está en América, finalizando. Se encuentra en sus últimos estadios, y ha comenzado, también el proceso correlativo de integración, de recomposición, de síntesis. América está encontrando, otra vez, su virginidad y su juven-

tud; está encontrando su porvenir y su mañana porque el pasado autóctono y europeo está abismándose en las entrañas remotas del tiempo. El pretérito ha perdido ya su virtualidad y su fascinación. Se ha desvanecido para siempre el mágico hechizo.

La comprobación más efectiva de este aserto es el hervor, el dinamismo galopante de que es ahora vasto escenario el Nuevo Continente. Esa beligerancia encendida, esa disconformidad pugnaz de las juventudes latinoamericanas lo revelan con definida claridad. No se trata de movimientos anárquicos que desarrollan una acción incongruente y atomizada, sino de un inmenso esfuerzo constructivo, de una luz fulgurante y creadora que busca, en afanosa y dilacerante brega, el punto focal de su expresión histórica y humana.

El europeo, por lo general, no es consciente de este proceso que arranca de un estrato profundo del alma latinoamericana y que, por eso, está destinada a una extraordinaria proyección histórica. El europeo no percibe sino el aspecto superficial y pintoresco de América Latina. Se comporta frente a ella como un auténtico *snob*, ganoso de exotismo y emociones epidérmicas. América existe para el europeo como un inmenso museo o pinacoteca arqueológica, pero no como una cultura en marcha, como una vida colectiva en devenir, como una existencia fluyente, móvil y creadora. La mentalidad y sensibilidad europeas, con respecto a América, han quedado inmóviles, petrificadas, yertas, como la mujer de Lot, bajo el alucinante hechizo del pasado. La tabulación racionalista del hombre del Viejo Mundo es incapaz de comprender, en toda su amplitud vital el sentido de las nuevas valías espirituales, emocionales y síquicas que han comenzado a surgir en nuestros pueblos.

II DIGESTIÓN VITAL

Si nos preguntamos cuál es la característica fundamental que diferencia la presente generación de las anteriores, nos responderemos lo siguiente: en las actuales generaciones está empezando a realizarse la asimilación, la conjugación, la *digestión* telúrica y cósmica de dos mundos y de dos culturas que han coexistido, no solamente extrañas y aisladas, sino, recíprocamente, hostiles y pugnaces. Desde los primeros días de la Conquista este divorcio profundo se hace evidente en todos los órdenes de la vida latinoamericana. De un lado, el mundo descubierto por Colón y, de otro, el mundo que vino con Colón. La América autóctona y la Europea invasora. El Perú de Atahualpa y el México de Moctezuma, frente a la

España de Cortés y de Pizarro. Ambos eran entre sí factores excluyentes y divergentes. Ninguno de los dos pudo asimilarse y conjugarse. Fue precisa una larga y trabajosa digestión de siglos para que surgieran los órganos biológicos necesarios, capaces de transfundir en un nuevo conjunto homogéneo y unitario estos dos elementos excluyentes y negativos entre sí.

En los primeros siglos tuvo que triunfar, aparentemente, la fuerza de las armas y de la técnica europea. Y decimos aparentemente, porque el otro mundo se mantuvo, indeclinable y señero, orgulloso de su grandeza pasada y consciente, en mayor grado de lo que generalmente se cree, de sus propios valores espirituales. De esta suerte, se estableció en nuestros pueblos el hibridismo colonial como sistema de gobierno, como sistema político y religioso y como realidad cultural y étnica. Ya hemos dicho que el criollo latinoamericano fue el producto de la degradación de ambas culturas y de ambos órdenes espirituales y morales. Desde entonces, América fue un continente híbrido y sin valores propios, característicos y esenciales. Ningún mensaje original fue posible que articuláramos para el mundo.

La revolución de la Independencia fue el primer intento de revalidación del hombre latinoamericano, pero, desgraciadamente, un intento fallido. La independencia nos trajo meras formas políticas y jurídicas, que no habíamos digerido, que no podíamos digerir y que fueron la simple proyección mimética de los pueblos europeos en plena revolución liberal. Se hizo la Independencia, reclamándose con las frases de la Revolución francesa y acabó afirmando y consolidando el sistema feudal de la propiedad con todos sus vicios y degeneraciones y sin ninguna de sus virtudes y excelencias. De allí, esa monstruosa desarticulación de nuestra realidad jurídica, política, social y económica que se prolonga hasta los días actuales. Mientras se multiplicaban las constituciones *avanzadas* de un liberalismo de similar, el cacique, el gamonal y el latifundio eran las auténticas instituciones continentales y sobre las que descansaba toda la economía latinoamericana. El latifundio romano, al cual Plinio atribuía la decadencia del Imperio, era un juego de niños si se le compara con las *haciendas* latinoamericanas que abrazan enormes extensiones de tierra, que permanecen, en su mayor parte, improductivas, y que alcanzan, a veces, provincias enteras. El esclavo o el siervo de la gleba nunca sufrieron la explotación, el trato inhumano y la bestialización sistemática a que está sometido el indio en nuestros días.

El valor continental de las presentes generaciones consiste, precisamente, en haber hecho la digestión de

América, en haber refundido en su acción, en su pensamiento y en su impulso emotivo esa intuición oscura y profunda de ser la concepción y la expresión de un nuevo y vasto mensaje de la vida universal. América afirma, en sus actuales generaciones, el propósito de encontrarse a sí misma, de definirse en sus caracteres propios, esenciales y permanentes. Keyserling le llama "el Continente del tercer día de la Creación" y, ciertamente, de este vasto reservorio de fuerzas primitivas y desoladas debe estructurarse una nueva expresión del Espíritu.

Y dicho está que los hombres, como los pueblos sólo son en el sentido esencial de la palabra, cuando surgen de sus propias entrañas. El espíritu es autófago porque únicamente vive, se manifiesta y se realiza, nutriéndose de sí mismo. Las aportaciones extrañas sirven nada más que como fuerzas catalíticas, cuya presencia provoca, facilita y despierta la autocreación. Esta experiencia cósmica fue olvidada por el indio, y también, por el europeo, en el fragor de la contienda. En puridad de verdad,

este olvido hizo posible el hallazgo de un nuevo camino para el hombre.

La cultura colonial, que ha sido, también la cultura de la República, es el calco, el mimo, la escurraja de la cultura europea. Los hombres cultos de América han sido cultos por inducción, por galvanización indirecta, por mimetismo libresco y literario, y no por asimilación y digestión vitales. El alimento que permanece extraño dentro del aparato digestivo, al descomponerse, se torna destructivo y tóxico. Hemos tenido todas las toxicomanías filosóficas y literarias del Viejo Mundo. El veneno es la sustancia que no se asimila, que no se incorpora como tejido, como célula, como sangre, dentro de un organismo. Y ya sabemos hasta qué punto hemos estado y estamos envenenados de snobismo europeo. No hemos querido ser sino el *parvenu* de la cultura europea y del espíritu europeos.

Pero... acabemos parafraseando a uno de los poetas más grandes de América Latina: "*¡Mas, es nuestra el alba de oro!*".

